

Apuntes sobre *Arqueología colombiana*: un discurso construido desde la exclusión

Julián de J. Pérez Ríos

Estudiante del Departamento de Antropología
Universidad de Antioquia
Dirección electrónica: antropofagos@gmail.com

Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión. Carl H. Langebaek
Rueda. Colciencias, Imprenta Nacional, Bogotá, 2003, 237 p.

El dominio de una forma de conocimiento institucionalizado debe involucrar necesariamente, además del manejo de las teorías, los métodos y las prácticas actuales, el estudio de su génesis y el contexto histórico y social de su formación y desarrollo. Mientras que en ciencias exactas y naturales el conocimiento es de carácter acumulativo, es decir, cada teoría va siendo falseada y reemplazada por otra hasta que la misma pueda ser falseada, en el caso de las disciplinas relacionadas con el conocimiento de los fenómenos sociales es difícil desligarse de la autoridad de los clásicos, de los debates y propuestas que históricamente han creado las actuales formas de conocimiento.

Esta tarea de visibilización de la historia de la arqueología en Colombia es la que emprende Carl Langebaek en el libro *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*. Aunque algunos autores como Gerardo Reichel-Dolmatoff habían presentado ya bosquejos sobre la forma en que se desarrolló la arqueología en el país, aún no se había intentado buscar las raíces de la disciplina mirando más allá de los anticuarios, gUAQUEROS y coleccionistas. El título del libro, aunque no es muy descriptivo en cuanto a la orientación histórica de la obra, da una buena idea del hilo conductor de la misma. A través de esa forma particular de enlace de su discurso Langebaek permite conocer al lector atento cómo la arqueología en Colombia se generó como un ejercicio de exclusión.

Ante todo, se trata de una exclusión *científica*: la construcción de lo científico se ha cimentado sobre un lenguaje técnico excluyente que ha conformado, al mismo tiempo que ha sido conformado, por un exclusivo circuito de sabedores que dominan los conceptos y los temas. Tras la apoteosis de la Ilustración, los primeros

que se preguntaron por el pasado de las sociedades indígenas de Colombia formaron un sistema cerrado conformado por naturalistas, médicos, ingenieros, estudiosos de los minerales y otros sabios de su época. Esta primera exclusión, basada en un conocimiento hegemónico, también puede pensarse en términos de la disyunción entre *científicos e ignorantes de clase*. La creación de círculos de conocimiento acreditado, alimentados por la vanguardia positivista, estuvo determinada, de hecho, por el acceso a la producción literaria y al contacto mismo con la civilización europea. Lógicamente, este contacto estaba restringido a las clases más pudientes, por lo cual se generó una oposición entre los *científicos* y los *ignorantes de clase*, quienes no podían de ninguna manera comprender, ni mucho menos participar de, las discusiones acerca del pasado americano. En este mismo nivel, y continuando con quienes no tienen cabida dentro de la esfera científica, se puede identificar también otro tipo de exclusión, ya vinculada al ejercicio mismo de *excavación*, propio de la arqueología: la exclusión de los *guaqueros* y su conocimiento. Aunque en un principio las actividades de excavación por parte de “especialistas” no tuvieron gran diferencia frente a las de los *guaqueros*, el conocimiento de éstos sobre el pasado indígena y el registro arqueológico siempre se ha problematizado y excluido, aun cuando estos personajes han sido aliados de los coleccionistas y de los mismos arqueólogos. De esta manera, se ha perdido un acervo enorme de experiencia e información, limitándose la interacción con los *guaqueros* en el pragmatismo, es decir, en la consecución de objetos.

De otro lado, también puede identificarse una exclusión transversal a la sociedad decimonónica, y no sólo desde las cuestiones académicas o económicas, pues es notoria la exclusión de las mujeres en la generación de discursos. Salvo el caso de alguna ilustrada, culta y atrevida mujer de la clase dominante como Soledad Acosta de Samper, se encuentra en el texto de Langebaek que hacia finales del siglo XIX —y a pesar de que el dato se encuentra en un aparte titulado “La arqueología no es cosa de hombres” (p. 105)— las mujeres, como en la mayor parte del saber científico en todo el mundo, continuaban siendo excluidas de los debates, las propuestas y las interpretaciones.

Además de las cuestiones económicas, académicas y de género, hay otras variables que han derivado en la exclusión de otro sector de la población colombiana que, sin ninguna justificación para los arqueólogos, fue y ha continuado siendo ignorado (a excepción de contados casos). Así, encontramos la exclusión de los indígenas sobrevivientes, quienes al igual que en las cuestiones políticas, sociales y económicas, en el estudio del pasado se les negó el lugar al cual tienen derecho elemental. Las sociedades indígenas sobrevivientes fueron consideradas como decadentes y caídas en desgracia, y se pensó que no podrían brindar información sobre el esplendor de las sociedades que construyeron a San Agustín o que conformaron los muiscas del periodo de la conquista. Así, el indigenismo “de rescate” sólo llegó hasta los trabajos de Gerardo Reichel-Dolmatoff. Este indigenismo, aun sin ser ideal, comenzó a darle

un lugar al “indio” en el estudio de su propio pasado. Al mismo tiempo, y a propósito de los intereses en los que se centraron los estudiosos del tema, se puede ver cómo la indagación por el pasado prehispánico significó, en un principio, la inclusión de San Agustín y los muiscas y la relegación del resto de culturas. Las discusiones sobre el pasado indígena se focalizaron, por mucho tiempo, en la espectacularidad de las obras megalíticas de San Agustín, como prueba irrefutable de algún grado de civilización logrado en un pasado remoto, y en los muiscas, sociedad construida en el discurso y en el registro como el punto más alto de civilización en América a la llegada de los españoles, después de incas y aztecas. Mientras tanto, los habitantes de las tierras bajas fueron, durante mucho tiempo, simples representantes del máximo grado de salvajismo o barbarie, según la benevolencia de cada autor.

Aunque de lo anterior puede deducirse una problemática histórica y social, la cual deriva en ciertas ideas acerca de lo que hay que estudiar, no es posible dejar de observar, a partir de la lectura de la obra de Langebaek, cómo las limitaciones del discurso de la arqueología en Colombia pasan también por dificultades de tipo epistemológico, generándose una exclusión de ideas y teorías. La prelación de ideas difusionistas y migracionistas, y las preguntas planteadas desde el determinismo geográfico, han sido una constante en la mayor parte de la historia del discurso arqueológico. Quizá por el carácter netamente conservador de las élites colombianas, las tendencias evolucionistas nunca llegaron a ser tomadas en serio por los investigadores en el país. Langebaek muestra cómo en Colombia se ha hecho arqueología evolucionista sin evolucionismo, pues Darwin y Marx fueron des-conocidos en los planteamientos y teorías de los arqueólogos. Así, al leer las diferentes referencias que hace el autor sobre lo que los investigadores en nuestro país entendían por evolucionismo, podríamos concluir que parece mantenerse, en la mayor parte de las interpretaciones, el esquema propuesto por Gerardo Reichel-Dolmatoff (en un extraño unísono con la arqueología normativa), y no porque sea el más adecuado sino porque pareciera no haber dentro de nuestra tradición académica suficiente sustento teórico para replantearlo o refutarlo.

Finalmente, y quizá como un fenómeno que podemos explicar a partir de las exclusiones antes mencionadas, se puede encontrar en la lectura del libro *Arqueología colombiana* cómo el conocimiento del pasado indígena ha sido un gran excluido dentro de las prioridades del Estado colombiano. Con tímidas excepciones, como la del periodo de la República liberal en la primera mitad del siglo xx, el Gobierno sólo ha intervenido como controlador de la actividad arqueológica. En los procesos de conformación de un Estado-nación, y por ende, de identidad nacional, la arqueología, como ese saber restringido a excéntricos buscadores de antigüedades, ha sido relegada de la financiación y el apoyo oficial. Langebaek va enlazando el relato de la historia de la arqueología en Colombia con sus avatares ideológicos, políticos y sociales, tocando temas que incluyen a las élites, el poder y los discursos de exclusión. La obra es rematada de forma brillante poniendo de manifiesto el hilo

conductor, conectando los planteamientos del texto con los del capítulo final y los discursos contemporáneos. Allí deja ver que el método usado para construir el libro se desprende de propuestas como la de Michel Foucault, buscando la genealogía de los discursos hegemónicos, las relaciones de poder y de dominación y el racionalismo descarnado de la Ilustración. Lo que queda claro es que la arqueología, a partir de sus propias formas de exclusión, queda hoy excluida también del interés de las élites, de las masas y del Estado.

A pesar del gran mérito de *Arqueología colombiana*, se encuentran algunos vacíos en esta obra. En su remisión a los inicios de la actividad “arqueológica” en Colombia, cita cinco veces a Pedro Cieza de León sobre las observaciones de la monumentalidad en las construcciones prehispánicas de los Andes centrales, y sobre el reporte de obras de *gigantes*. Estas citas nos remiten a dos cuestiones fundamentales. La primera, si Langebaek cita a Cieza para referirse a las primeras observaciones de los españoles sobre el pasado indígena en América, resulta extraño que no mencione a Bernardino de Sahagún y su *Historia de las cosas de Nueva España*, obra monumental del siglo XVI en la cual se haría un esfuerzo sui géneris de recuperación de la memoria y la tradición de los antiguos mexicanos, el cual es aún hoy fuente de diversos trabajos en los campos antropológico, filológico, filosófico, lingüístico y, claro está, arqueológico. La segunda, y quizá la más trascendental para la arqueología colombiana, se refiere a que Langebaek cita a Pedro Cieza de León para ilustrar sobre cuestiones que el español observó fuera del actual territorio colombiano, cuando Cieza recorrió nuestro país desde la costa atlántica hasta el actual departamento de Nariño. Esta omisión lo que sugiere, en un libro de las características de *Arqueología colombiana*, es que las crónicas, relaciones y otros documentos producidos por quienes vieron a las personas que habitaban nuestro país en tiempos de la Conquista (con todo lo que ello implica) no han despertado el interés de quienes han trabajado el pasado indígena en nuestro país. De hecho, a pesar de que Langebaek, en el apartado “El evolucionismo sin evolución y la arqueología sin excavación” alude constantemente a la obra de Hermann Trimborn, sólo se refiere tangencialmente a que gran parte del trabajo del alemán en Colombia se realizó a partir de fuentes escritas de la época de la Conquista. Por eso el subtítulo de “arqueología sin excavación”, aunque el autor no lo explicita más.

De otra parte, y en relación con la redacción de la obra, quizá por la tradición enciclopédica y positivista a la que ya estamos acostumbrados, es difícil leer un texto como el de Langebaek, donde la separación, jerarquización y delimitación de los capítulos, y por ende los temas, no están muy claras. Se encuentran aparentes falencias de sistematicidad en el manejo de temporalidades, espacios y temas en el contenido del libro. Así, el lector viaja en una sola página, y en gran parte de la obra, entre Francia, Alemania y la Sabana de Bogotá, entre la época de la Independencia y la de la República, entre la arqueología normativa y los coleccionistas. Podría tratarse de una forma intencional de evidenciar otra forma de escritura, la cual, en

este caso, no favorece mucho al lector. Además, pareciera que el recuento de la historia de la arqueología en Colombia queda truncado en la obra de Gerardo Reichel-Dolmatoff, dejando la impresión de que después de éste no ha pasado nada realmente trascendental (lo cual, desde una perspectiva teórica, podría ser acertado). También hubiera sido enriquecedor ampliar los apartes sobre “formas de hacer arqueología”, donde se exponen tendencias divergentes de la forma de arqueología predominante en Colombia, la arqueología normativa. Sería una interesante perspectiva para futuros trabajos de investigación indagar sobre las realizaciones, los obstáculos, las implicaciones, las resistencias y los logros que encontró y sigue teniendo en nuestro país el intento de hacer arqueologías marxistas, procesuales y posprocesuales.

Para terminar, y en contraste con lo anterior, Langebaek presenta a lo largo de la obra interesantes imágenes que cumplen con el objeto de ilustrar al lector sobre temas específicos. Un ejemplo entre muchos es el de las imágenes poco difundidas de las falsificaciones cerámicas producidas por la familia Alzate, las cuales eran realizadas para cumplir con las demandas de coleccionistas incluso internacionales. Así mismo, tiene un gran mérito la investigación profunda de materiales bibliográficos expresada tanto en el desarrollo de la obra como en la bibliografía que se presenta al final del libro, organizada y explicada de manera tal que sirve de guía para quien se interese por ampliar y desarrollar los temas tratados en el libro.